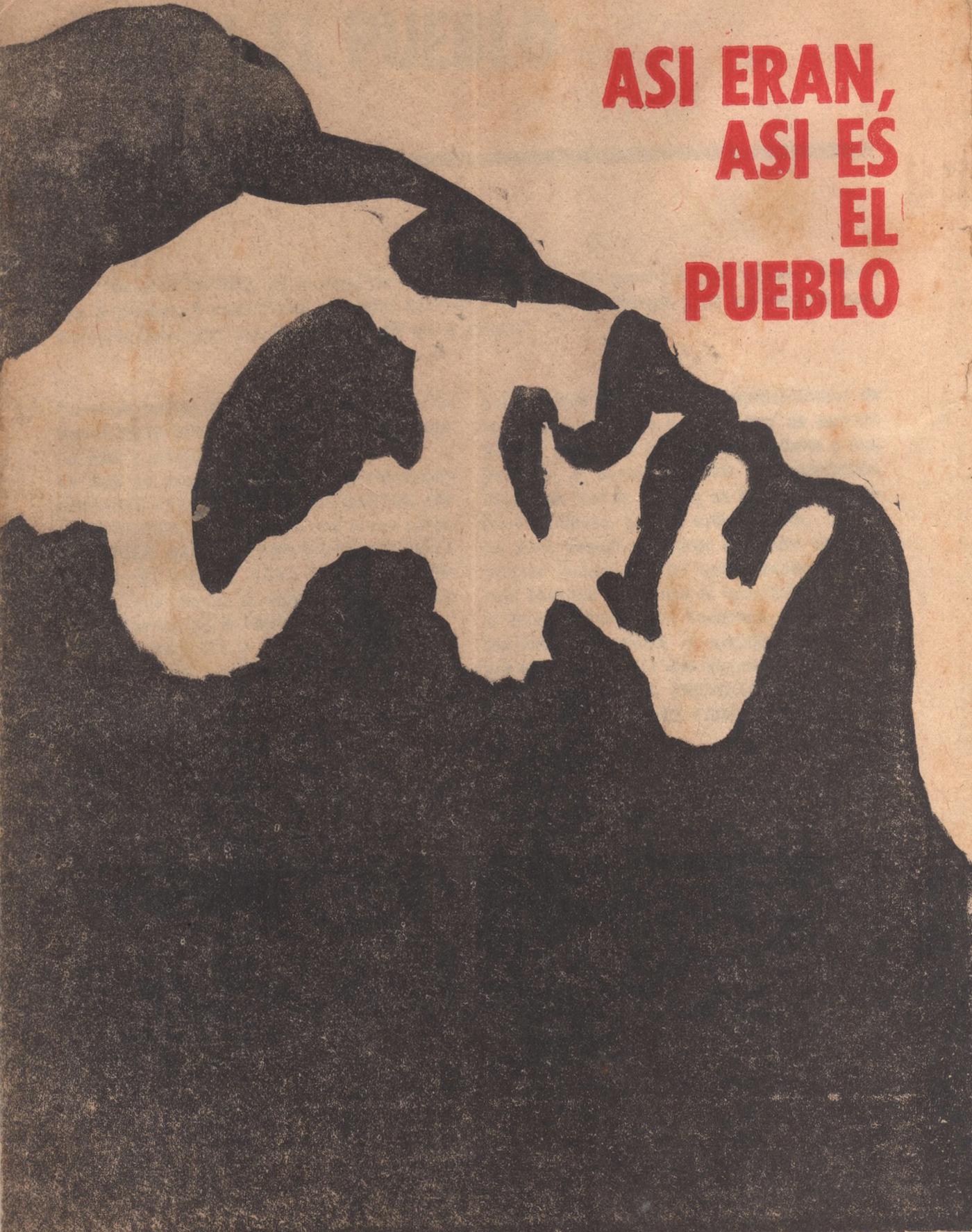


**8 MARTIRES OBREROS COMUNISTAS**

**ASI ERAN,  
ASI ES  
EL  
PUEBLO**



# ASI ERAN, ASI ES EL PUEBLO

---

El 17 de abril de 1972, en el local del Partido Comunista del seccional 20º, cayeron 8 obreros, 8 jóvenes, 8 comunistas. La calle Agraciada se cubrió de sangre, y de sus piedras, para siempre, florecerán los tiempos nuevos de la unidad

Nuestras luchas las desarrollaremos con las masas en la calle. Y el pueblo uruguayo estuvo, está y estará en la calle.

La lista de nuestros mártires, que comenzara con LIBER ARCE, HUGO DE LOS SANTOS, SUSANA PINTOS, ahora recibió una nueva carga: MENDIOLA, GANCIO, FERNANDEZ, CERVELLI, ABREU, GONZALEZ, SENA y LOPEZ. Todos obreros que dieron su sangre en holocausto por la libertad de la Patria.

Militantes sencillos y de todos los días: los imprescindibles, que después de ocho horas de trabajo dedicaban su tiempo a la militancia, muchas veces oscura y abnegada, con la cual se va construyendo, ladrillo a ladrillo, el edificio de nuestra liberación.

Cayeron conscientes. Sabiendo que algún día podía tocarles a ellos.

Por esa conciencia revolucionaria, permanecieron firmes en sus puestos de lucha.

Cayendo, ensalzaron al pueblo uruguayo, que formalizó el compromiso inalterable de multiplicar su lucha.

Nuestro Partido, como ellos lo hubieran querido, ensanchará sus filas con centenares de nuevos militantes que vendrán a llenar el vacío dejado por estos últimos ocho mártires. Un vacío tal, sólo puede llenarse con pueblo,

porque ellos fueron típicos representantes de lo mejor, más puro y más claro de nuestro pueblo. Sobre las huellas de hombres y mujeres así, el pueblo oriental va transitando, desde los días de Artigas, en busca de un mañana luminoso, que ya está cercano.

En este pueblo que crea el futuro con sus propias manos, era en quien depositaba su más absoluta confianza el inolvidable jefe de la Primera Revolución Socialista. Sobre estos cimientos se asienta el marxismo-leninismo, por eso es cada día más vigoroso.

MENDIOLA, ABREU, CERVELLI, GANCIO, SENA, LOPEZ, GONZALEZ, FERNANDEZ: ocho comunistas.

¿Cómo eran?

¿Gente extraña? ¿Apartada del mundo? ¿Sin familia, sin amigos, sólo dedicada a luchar por una idea?

La dedicación a la lucha por sus ideales, formaba parte indivisible de sí mismos, pero eran al propio tiempo, y por eso mismo, auténticos hombres de pueblo. De los que se encuentran en cada barrio, en cada esquina, en cada fábrica, oficina, pueblo o rancho de nuestra campaña. Eran ocho uruguayos como nosotros, que demostraron ser como quisiéramos ser todos. Podemos comenzar por cualquiera de ellos:



## **RAUL GANCIO,**

**RAUL GANCIO**, que nació en Tacuarembó. Vino a Montevideo siendo muy niño y se afincó en el Paso Molino. Por su militancia sindical y partidaria, era muy conocido en La Teja y Barrio Victoria.

Desde los once años trabajó en la fábrica Vidplan, que luego se transformó en CODARVI, donde era sacador de vidrio, una actividad calificada que fue adquiriendo por sí mismo, con ejemplar perseverancia.

Hoy sus 340 compañeros lloran la muerte injusta de su compañero, de su hermano.

Su primera militancia política la realizó en la Juventud Comunista, cuyo Comité Ejecutivo integró. Fue designado por los compañeros de su fábrica para asistir a un Congreso Mundial de la Juventud en Viena, al cual no pudo asistir porque la patronal de la entonces Vidplan le negó la licencia.

"Ni aun entonces —dicen sus compañeros de

trabajo— perdió el buen humor. Era alegre, dicharachero, querido por todos".

Fue miembro de la Comisión Directiva de la Federación de la Industria del Vidrio. Últimamente integraba la Comisión Gremial de CODARVI, la Mesa Zonal 20 y 14 y el Comité Seccional 20º del Partido Comunista.

¿Qué dicen de él sus camaradas del Partido?:

"El vivía cerca del Seccional. Nunca dejaba de pasar por aquí antes de ir a su casa. No había tarea en la que no participara. Cualquiera, hasta la más humilde. ¡Había que verlo haciendo finanzas para nuestro Partido o difundiendo "El Popular"! "

¿Y sus vecinos? Guillermo, el peluquero, a cuyo local Raúl concurría casi todos los días, nos dice: "Venía a tomar mate y a conversar de política; nos hablaba de su hija, una criatura preciosa de un año y medio que él, con legítimo orgullo, mostraba a todo el mundo.

Era un muchacho formidable."



**LUIS ALBERTO MENDIOLA,**

El 23 de junio de 1926, nació en Casupá **LUIS A. MENDIOLA** en el seno de una familia "blanca" de tradición. Se unió la felicidad del nuevo hijo —el tercero— con el deseo de honrar al caudillo y de ahí que su padre decidiera llamarle Luis Alberto, en honor al doctor Herrera.

El "Bochita", como ya se le decía, era muy delicado de salud y demandaba de la madre un cuidado especial que se hizo aún más difícil de prodigarle al nacer su hermanita Alba Gladys. Es así que al año y medio de edad se va con sus abuelos y tías que vivían algo afuera del pueblo. Allí pasa su niñez, como todos los niños de campo entre sus juegos, las pequeñas tareas que a su corta edad pudiera hacer para ayudar a los abuelos, y el trajinar diario a la humilde escuelita del pueblo donde aprendería las letras con las que conocería el mundo.

A los 12 o 13 años vuelve a su casa y ayuda a la familia en las tareas del padre. Don Celiar Hernández era casi el único fabricante de ladrillos en una vasta zona; ¡cuántas veces Luis Alberto se habrá embelesado mirando

aquella pirámide de barro arder lentamente para que la tierra se convirtiera en ladrillos con que levantar hogares!

Alrededor de los 15 años un hecho marcó, en cierto sentido, los pasos futuros de su vida: en 1939 fallece don José María Hernández —su abuelo—, luego de lo cual su abuela y la tía se trasladan a Montevideo. Seguramente se intensificó en él el afán de conocer, de proyectarse, de ampliar los horizontes, porque en definitiva, el pueblo ahoga en futuro lo que brinda en paisaje; mientras la vista se tiende libre hasta donde el verde se une al cielo, el futuro choca contra la impotencia de la falta de trabajo, de instrucción, de posibilidades, en fin, de canalizar las inquietudes que surgen avasallantes en la juventud. Por eso no tarda Luis Alberto en escribir, pidiendo trabajo, para venirse.

En 1941 llega a Montevideo y entra a trabajar junto al tío Hugo y a don Francisco Bonilla. Entonces ocurre que el mundo palpitante en guerra se metió en él; trata de entenderlo... y de ayudar. ¡Cuántas veces lo encontraron con la mirada perdida mientras trabajaba, pen-

sando y descifrando las cuestiones políticas del momento! Ese período fue para él fecundo en aprendizaje y experiencia; en ganar amigos y compañeros; en madurar ideas. Y el niño que había sido se hizo hombre, pasando del asombro por las atrocidades de los nazis en Europa, a la comprensión, a través de las páginas de "JUSTICIA" o de "ORIENTACION", periódico del Partido Comunista Argentino. Por las letras conocidas en aquella modesta escuela rural, él conocía el mundo, y lo sentía. Maduraba las ideas en aquellos verdaderos foros con su tío, con los compañeros de trabajo en que lo que aparentaba ser capricho de la historia, se transformaba en proceso claro y transparente. La historia era comprensible y reclamaba nuestro esfuerzo. Así, sencillamente, empezó Mendiola a militar.

Casa de España supo entonces de su ayuda a los exiliados españoles, luego a la Unión Soviética que soportaba el peso de la guerra antinazi. Y el conflicto con su tradición blanca que traía desde la niñez se lo planteó un día frontalmente. El proceso fue difícil porque el problema tenía toda una carga de afecto, pero el mundo mostraba claramente entonces el andamiaje real de la cuestión política, como si tanto sufrimiento sirviera, en definitiva, para ver, como con una lupa, las cosas que en otro tiempo pudieran parecer intrincadas. En 1944 pide la afiliación al Partido Comunista, cuando cuenta 18 años. Empieza a activar en la Agrupación Cordon, que ahora lleva su nombre.

De ahí en adelante su militancia lo apasiona; comienzan los cursos de capacitación política, se incrementa su afán por la lectura; se revoluciona su vida en la medida que se forma como revolucionario. Trabajó como difusor del diario "Verdad" y luego del diario "Justicia"; en el Seccional 20ª, su trabajo fue múltiple e incansable en todas las tareas de propaganda.

Fue encargado de "El Popular" en el Comité Departamental y, finalmente, agregaba a sus tareas en el Seccional 20ª todas las inherentes al Frente Amplio, al que le dedicó tantos esfuerzos.

Era un propagandista por convicción de las ideas del marxismo-leninismo. Desde su afiliación, dedicó al Partido todos los momentos de su vida y la vida misma, que tanto amaba. Fue, en cierto sentido, un modo de volver a su antigua ocupación paterna: hacer ladrillos, pero esta vez para construir un mundo nuevo. Qué barrio de la 20ª o el Cerro no conocía a MENDIOLA. Los niños, las amas de casa y los obreros, todos ellos eran sus amigos. Siempre con su sonrisa franca, siempre con una frase de aliento, siempre con un respeto que conmovía. Besaba a los niños, abrazaba a las ancianas y era dicharachero con todos. Era fraternal y solidario a más no poder. Cuántos cientos de familias de obreros tuvieron a Mendiola en una planchada o ayudando a revocar en una mañana de domingo, ¡cuántas! Y se acordarán las madres, las ancianas, las amas de casa del remedio que consiguió para su hijito, pedido a los médicos del Partido. Y se acordarán mirando el jardín o las macetas con la plantita que les consiguió para fulano en la casa de otro fulano, siempre los mismos, sus camaradas, sus amigos, los obreros de la zona.

**MENDIOLA** deja una madre anciana, una madre proletaria que, cuando recibió en la Casa del Partido el cuerpo acribillado de su hijo lanzó un grito de dolor inenarrable, pero sobreponiéndose con espíritu lúcido a lo que para un corazón de madre podía parecer inexplicable, abrazada al cajón que se llevaba un pedazo de sí misma, juró integrarse a la lucha para llenar el puesto de su hijo querido. ¡Qué sonrisa dulce, aquella su sonrisa de muchacho, habría esbozado lleno de amor por aquella viejita, si Mendiola hubiera escuchado aquel juramento supremo!

Ella también había oído de sus labios los relatos palpitantes de las experiencias obtenidas en su viaje a la Unión Soviética, la patria de Lenin que él llevaba en su corazón.

En ruedas de amigos, en reuniones pequeñas y grandes, bajo la mirada asombrada de los niños —sus predilectos de siempre— transmitía con cariño y admiración aquella experien-

cia vivificante en el gran país de los trabajadores.

Mendiola supo valorar en toda su dimensión el alcance que para un comunista representa el conocer y convivir esa maravillosa realidad

que no sólo lo afirmó en sus convicciones de revolucionario, sino que le removió esa excepcional fibra, templada en una sola pieza, para difundir en forma permanente la verdad del socialismo por el que ofrendó su vida.



**RUBEN CLAUDIO LOPEZ,**

**RUBEN LOPEZ** es el nombre del otro camarada caído frente a la Seccional 20.

Nacido en el Cerrito de la Victoria, trabajó desde muy joven en una provisión, en un bar, en el Mercado Modelo y en la fábrica Carmeta. Llevó la vida azarosa de la gente humilde, siempre en busca del salario que le permitiera mantener a su madre, con quien vivía en el Paso Molino.

Su hermana y su cuñado repasan su vida con dolor indisimulado: "Siempre fue así —nos dice su hermana Delia—, bueno de corazón, generoso, corriendo solícito a atender a sus amigos, a solucionar los problemas de quienes acudían a él en busca de ayuda. Era un muchacho sano, alegre, activo, trabajador, irradiaba simpatía. Era muy querido por todos en el barrio".

Su cuñado nos dice: "Era un alma buena, abierta a la gente; uno podía confiar plenamente en él. Su muerte fue algo cruel e injusto; él, que era incapaz de hacerle daño a nadie, que era un muchacho jovial, alegre, siempre dispuesto a socorrer a quien lo necesitara...".

Uno de sus compañeros de trabajo, recordándolo con profundo dolor y cariño, nos dice: "Jugó al fútbol y llegó a formar parte del primero de Liverpool; perfilaba como un astro. Podía haber llegado a ser un "crack".

La figura de Ruben surge así nítida en el recuerdo de sus familiares y amigos, que se resisten a hacerse a la idea de que ya no contarán más con su presencia de muchacho bueno, de carácter jovial y un corazón de oro.

## ELMAN FERNANDEZ,



**ELMAN FERNANDEZ** nació en el Reducto, el 4 de setiembre de 1934, hace 37 años y medio. Su padre, Julio Fernández, tocaba el violín en la orquesta del SODRE. Y precisamente, le puso Elman en homenaje a un famoso violinista europeo.

Cuando tenía dos años, la familia Fernández se trasladó a la barriada de la 20ª sección. Allí transcurrió toda su vida y allí cayó para siempre.

Su infancia fue feliz, con esa felicidad hermosa de una familia bien avenida. Hizo primaria en la Escuela del Prado y en la Bolivia, y los cuatro años de liceo en el Bauzá. Heredó del padre la vocación por la música y se hizo violoncelista en el Conservatorio Nacional, y tuvo incluso alguna actuación, pero al morir aquél, en 1951, Elman dejó la música. Tal vez haya sido con su padre —luchador contra la dictadura de Terra— que Elman aprendió a querer la justicia y la libertad, sentimientos éstos que dominaban en él, y que lo llevaron, en 1961, a ingresar al Partido Comunista.

Terminado el liceo, Elman entró a trabajar de

empleado contable en una casa importadora. Luego se ganó la vida haciendo corretajes para diversas firmas. Militante modesto, llamó de inmediato la atención por su trabajo permanente y abnegado y el Comité Seccional de la 20ª le encargó que ocupara el responsable cargo de sereno en la sede de la Avda. Agraciada, tantas veces atacada por bandas fascistas.

“Mire, mi hermano era un hombre que se podría definir así: era un militante que siempre estaba a la orden del Partido. Era callado, reservado, respetuoso, pero, al mismo tiempo, sabía defender su dignidad de hombre y de comunista. De él puedo decirle, y no porque yo sea su hermano, que era un hombre bueno, de un gran corazón. Todavía no he podido acostumbrarme, me resisto a aceptar que mi hermano esté muerto...”. “Tenía las cosas bien claras: “Nuestro camino —decía— es el camino de las masas, es el de la lucha con las masas”.

De muchacho, Elman practicó el boxeo. Un carnet de socio del Club Atlético Peñarol de 1953 da fe de ello. Debí abandonar a causa

de una enfermedad que lo atenazó hasta el último de sus días: la sinusitis.

Pero su pasión era la lectura, especialmente la política, las novelas revolucionarias. Y el cine. La última película que vio, hace muy pocos días, fue como una premonición: "Sacco y Vanzetti". Y también gustaba del ajedrez. Casi no hay ningún militante de la 20ª que no haya jugado una o más partidas con Elman. Así lo recordamos nosotros, con las manos tomándose la cabeza, y con ese gorro azul que todos le conocían y con el que caerá muerto.

A pesar de su militancia intensa, encontraba

tiempo para visitar, todos los domingos, sin falta, la casa de su hermano.

La sobrina, Carmen Lilián, una estudiante de 13 años cuyos rasgos evocan los de su tío, nos habla con dolor, con lágrimas, de cómo Elman se interesaba por sus estudios, cómo la ayudaba a preparar las lecciones, especialmente en matemáticas, materia ésta que mucho le gustaba al tío. De su espíritu generoso, desprendido, hablan muchos de sus actos. Sus camaradas nos destacaron este rasgo de Elman: bueno, servicial, delicado, íntegro, sin estridencias, un hombre auténtico.



**HECTOR JOSE CERVELLI.**

**HECTOR J. CERVELLI** el obrero comunista de la metalúrgica NERVION que murió luego de una agonía de 11 días nació el 30 de julio de 1928 en el barrio La Comercial en Montevideo; tenía al morir 43 años. Habitaba en una humilde vivienda en Ameghino entre Vázquez Sagastume y Luis de la Peña, en el Pueblo Victoria.

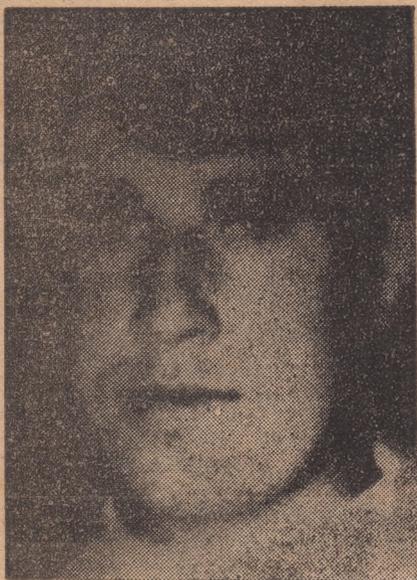
Hijo de una familia numerosa —ocho hermanos— su padre era un modesto obrero muni-

cipal. A la edad de nueve años, Héctor José debió abandonar la Escuela Pagola, donde hizo sólo hasta 4º año, para ayudar en el sustento del hogar. A esa misma edad, a los nueve años, entró a trabajar en una panadería y luego, durante su niñez, como repartidor de leche y mandadero. En la adolescencia ingresó al gremio metalúrgico en la Fábrica Sabelli, de la calle Acevedo Díaz y finalmente en el año 1950, a la edad de 22 años en la Fábri-

ca Nervión, donde se desempeñaba como obrero hornero en la Sección Moldeo, la misma donde trabajó José Ramón Abreu. Cuando tenía 17 años falleció su padre. Su madre, doña Josefa de Cervelli tiene ahora 85 años. Militante sindical ejemplar —fue miembro fundador del UNTMRA— sus compañeros de la fábrica destacan que Héctor José siempre estuvo presente entre los primeros, en todas

las luchas del gremio y de la fábrica.

En 1962 ingresó al Partido Comunista, en la Agrupación de su fábrica, donde se destacó también por su labor abnegada en todas las tareas del Partido. Otro de los insustituibles, que dejan cada día su cuota de trabajo casi anónimo, sin el cual la vida del Partido de la clase obrera y la revolución no son posibles.



**RICARDO WALTER GONZALEZ,**

**RICARDO WALTER GONZALEZ**, tenía 21 años, era panadero y comunista. Hijo de un obrero de la lana, nació en la barriada del Pantanoso el 15 de marzo de 1950.

Cursó los 6 años de primaria en la Escuela Nº 170 (ANCAP). El mismo día que cumplió los 13 años, al ir por la panadería que queda a 2 cuadras de su casa, en la calle Camambú, la dueña le preguntó si quería trabajar. Y al día siguiente Ricardo ya corría montado en una bicicleta, con un canasto, repartiendo pan por la barriada. Y así fue que lo conoció todo el mundo, y él iba hasta la Plaza Lafone, y hasta Pueblo Victoria, siempre con su bicicleta y su canasto, "tronara o lloviese, él jamás

faltó al trabajo", nos contó, con lágrimas en los ojos, el dueño de la panadería, el español don Celestino Mouré. "Para mí era como un hijo, lo lloramos como a un hijo...", nos dice.

De mandadero pronto pasó a maestro de pala. Jorge, uno de los hijos de don Celestino nos dice, sombrío, que "Ricardo era como mi hermano... yo lo recuerdo, lo estoy viendo todavía en la puerta del horno, siempre con esa sonrisa, siempre con una broma y otra broma y otra más".

"¡Una persona intachable!" —agrega don Celestino. "De total confianza. El, si precisaba dinero y yo no estaba, lo tomaba de la Caja;

ponía un papelito: "me llevé tanto". Y jamás faltó un centésimo". Y luego: "¡Y qué carácter más alegre! Recuerdo que cuando había pollo en casa, Ricardo chasqueaba la lengua, iba por la cocina, daba indicaciones a mi mujer y luego se sentaba orondo y riéndose a la mesa: "Este pollo de la casa yo no me lo pierdo".

José Daniel Olivera es el nuevo empleado, sustituye a Ricardo. "Yo era su amigo... ¡Quién no era amigo de Ricardo!"

Roberto, "el Vasco Heber", "Perucho", "Chochín", son sus amigos de la infancia. Y sus camaradas de la Agrupación Comunista "Nuevos Rumbos" del Pantanoso. Lo conocieron, como todo el barrio, repartiendo pan con su bicicleta, Ricardo muchas veces se acercó al local de la Agrupación. Hasta que hace un año y medio solicitó la afiliación al Partido. Enseguida se destacó por su militancia ejemplar. El dedicaba al Partido sus días libres, los lunes. Por eso estaba allí, en el Seccional, aquel lunes.

Montero Vidaurreta, la calle de tierra termina casi en la Bahía, en la desembocadura del Arroyo Pantanoso. Una cuadra antes de terminar Montero Vidaurreta, Curuzú, también de tierra, marca el límite de la manzana. Un ombú pequeño de enormes raíces, se aferra a las rocas y un poco más a la derecha, con los cimientos directamente sobre la piedra, se levanta la humilde vivienda revocada en rústico.

Dos puertas angostas, algunas ventanitas, un techo de chapas de dolmenit. Una cocina de latas, separada de la casa, al lado de un pequeño gallinero. Sobre los muros, jaulas con pájaros. Es la casa donde vivía Ricardo. Reina un silencio sobrecogedor. El barrio está en silencio. El barrio está de luto.

Cuando llegamos a la humilde vivienda, nos reciben el padre, y su hermana —su única hermana, ahora hija única— Mirta Graciela, de 17

años, obrera en una fábrica. La madre, Mirta Gladys Gómez de González, de 38 años, no sale de la cocina. La hija nos dice que no habla; sólo llora.

Le preguntamos al padre quién había hecho la casa: "La hice yo, con Ricardo y la familia. Todos trabajamos. No pudimos terminarla. Usted sabe, las barracas de lana están paradas. Y con mi seguro de paro de 21 mil pesos, qué se pude hacer...".

La hermana es una muchacha de despierta inteligencia. En sus ojos, como en los del padre, leemos el sufrimiento. Habla pausada, serenamente.

"Como panadero, él tenía derecho a tres panes todos los días. Bueno, él salía de la panadería con sus tres flautas. Pero hay tantos niños con hambre en este barrio. Y Ricardo repartía el pan que traía, entre esos niños. Y muchas veces a casa apenas si llegaba con media flauta...".

"Hasta los 18 años entregó todo el sueldo a mamá. Hasta que mamá fue y le dijo: "Mirá Ricardo, vos ya sos grande, quedate con la mitad". Pero si él tenía pedido adelantado, la mitad de mamá era intocable, aunque se quedara sin nada. La adoraba. Allí donde la viera, la abrazaba y la besaba".

Ricardo gustaba mucho del fútbol. Jugó en muchos cuadros, todos del barrio. Era hinchado de Peñarol. Pero cuando Peñarol jugaba con un cuadro chico, él simpatizaba con el equipo chico. "Porque los cuadros chicos también tienen que ser grandes", decía, y hasta en eso, mire usted, se notaba su ansia de justicia".

El padre permanece casi todo el tiempo callado. Apenas si musita, como mirando un punto ya inalcanzable: "El se reía siempre...". Cuando nos vamos, la hermana nos acompaña hasta la calle y nos dice: "Murió por lo mismo que hubiera muerto yo...".



**JOSE RAMON ABREU,**

**JOSE RAMON ABREU**, tenía 32 años. En cuanto se conoció la noticia de su muerte en la metalúrgica Nervión, donde trabajaba, durante tres días las máquinas enmudecieron. Abreu era peón en la Sección Moldeo. "Mire, Abreu estaba siempre donde había que estar" —dijo uno de sus compañeros y camarada del Partido— "era un buen compañero, tranquilo, muy callado. Si no le hablaban, él no hablaba. De aquella sonrisita no lo sacaban...". Se afilió al Partido en 1969. En días de duros combates de la clase obrera y el pueblo. Abreu nos dijo: "el Partido es el que marca el buen camino" y pidió la afiliación. Fue un militante bueno, muy bueno".

Los obreros de NERVION hablan con dolor de la familia del camarada caído. "Deja mujer y cuatro hijos. Todos chiquitos. El mayor tiene 6 años y el menor apenas año y medio. Su vida fue siempre de sacrificio. Había comprado un terrenito en el kilómetro 29.800 de la Ruta 1, donde estaba haciendo su casita. Ya tenía levantadas las paredes, pero le faltaba revocarlas. Imagínese usted: el viaje largo hasta aquella villa, y luego desde la carretera a su solar, quince cuabras a pie...".

En NERVION aprietan los puños. Pero el dolor tremendo no se torna en desesperación. Ellos, como la CNT, como el Partido, como el Frente Amplio saben que el pueblo se ha trazado un camino que nadie podrá torcer. Así lo proclamaban las inscripciones pintadas con ruda mano en el portón de la fábrica y en carteleras.

Luego de varios trabajos diferentes ingresó en NERVION hace siete años. Su compañera cuenta que a pesar de todo el trabajo José Ramón hacía tiempo para la militancia en la 20ª, porque, como él decía, "si todos nos dedicamos nada más que a lo particular nuestro, siempre vamos a estar viviendo únicamente para comer, y a veces ni eso se consigue, sin una perspectiva de futuro. Yo quiero que la sociedad cambie y le permita al obrero y su familia vivir de una forma más humana". Mirta agrega: "José Ramón era callado porque siempre prefería hacer más que hablar. Sufría viendo el padecimiento de los niños y los problemas que viven las familias pobres, la lucha diaria por conseguir lo elemental para vivir, y siempre decía que quería soluciones para todos y no solamente para él. De-

cía que por eso era comunista y que siempre lo sería. Murió en su puesto de lucha; a pesar del dolor comprendo que su muerte no será en vano. Lo comprendo a través de la solidaridad y apoyo que me han brindado sus compañeros de trabajo y del Partido, de las

opiniones y recuerdos gratos que tenían de él. A mí me queda una gran responsabilidad, que son nuestros cuatro hijos, los cuales son el motivo de mi vida. Estoy segura que cuando sean grandes valorarán el ejemplo que fue la vida de su padre”.

## **JOSE WASHINGTON SENA,**



**JUSTO W. SENA**, “Cacho”, era obrero gráfico, comunista, tenía 27 años.

“Bajo su aspecto zumbón y bromista se ocultaba una férrea decisión de luchador incansable”. Tal vez estas palabras que escuchamos en el Bar de Santa Lucía y La Marina donde conversamos con la “barra” de amigos del “Cacho” sean la definición más precisa que pudiera hacerse de Justo Washington Sena.

Nació en Rocha, hace 27 años. Hijo menor de una familia humilde (cinco hermanos y una hermana), su padre enfermó de parálisis, y murió, cuando él tenía año y medio.

Lo trajeron a Montevideo con su hermana; luego se vino toda la familia. La madre, María Dorila Costa de Sena, que ahora tiene 76 años debió trabajar duro, de doméstica o

como cocinera, para criar a sus hijos. Hizo primaria en la Escuela Hogar, donde está la Quinta de Herrera. A los 13 años empezó a vender pastillas y cades. Sus amigos del Bar, lo recuerdan cuando de niño se llegaba al campito que queda enfrente (del otro lado, en Llupe 4525 vivía con su madre, en un ranchito de chapas y maderas), y dejando contra un arco su caja de pastillas, cuidadosamente alineadas, se metía en el partido de fútbol, deporte que siempre lo apasionó. Trabajó en una fábrica de embutidos, fue mandadero de EL POPULAR, estuvo luego en la construcción y finalmente se hizo obrero gráfico.

Siempre ayudó a su madre, a la que quería entrañablemente. En el rancho de la calle Llupe, tras un jardinecito con mandarinas y

limoneros, vimos dos tablillas en la pared que Cacho puso allí. Y las dos tienen el mismo tema. En una de ellas leemos: "Madre: hay una mujer que tiene algo de Dios..." Y en la otra: "Madre: tu amor es himno de pureza".

Su carácter alegre, su bonhomía, su participación en innumerables cuadritos de Nuevo París, hicieron de él un muchacho muy popular en la barriada.

En el Club de Pesca "Nuevo París", los muchachos del Comité del Frente Amplio "Llupes" y de la Agrupación Comunista "Nuevo París" en los que militaba, nos aportaron muchos datos para estos apuntes.

"Lo que él tenía, era de todos. Si él tenía comida y alguien se había quedado sin ella, él sin falta la compartía. Consideraba que lo que era de él era de todos. Lo mismo, si alguno estaba sin techo, él hablaba a su madre y le daban un espacio en el ranchito. Jamás permitía que se hablase mal de un amigo, sin que aquél estuviera presente. Lo consideraba un gesto de deslealtad. De un carácter alegre, lleno siempre de bromas, se ponía serio cuando alguno pretendía ofender a su Partido. "El defendía siempre su ideología —nos dijeron en el Club de Pesca Nuevo París— pero nunca en pendencia, sino con sus razones". En las últimas elecciones trabajó sin conocer el descanso. No faltaba a una pegatina, aunque tuviera que ir al trabajo sin dormir". "Bajo su aspecto zumbón y bromista —nos dijeron en el Bar "San Francisco"—, se ocultaba una férrea decisión de luchador incansable".

Era conciente de los riesgos que corría. De ello sólo habló, y al pasar, con alguno de sus amigos más íntimos, afirmando que por la causa del Partido Comunista estaba dispuesto a entregar su vida.

"Su muerte la sintieron los del Partido, los que no eran del Partido y los que estaban contra el Partido...", comentó uno de sus amigos del Club de Pesca. "Tenía un corazón que no le cabía en el pecho...", nos dijo otro. "Lo veo cruzar por ese campito, con sus manos en los bolsillos, y me parece mentira

que el "Cacho" ya no esté entre los vivos..." Justo Washington tenía dos hijos: Claudia de 7 años y Gustavo de 3.

76 años tiene su madre. Con él vivía, en el humilde rancho de Nuevo París, en Llupes Nº 4525. La tragedia la ha golpeado cruelmente. "No era sólo uno de los hijos —nos dijo la hermana del obrero caído— sino la luz de sus ojos". Otro de los hermanos, que vive en el Interior, y que por razones de salud no pudo venir a Montevideo, mandó una carta. "Pobre madre mía! ¡Qué dolor tan grande para tu avejentado corazón!", leemos. "Pero, viejita, levanta tu alma y espíritu, y poquito a poquito te irás recuperando. Yo comprendo que estos golpes no tienen cura, que esa llaga siempre seguirá abierta, pero ten fe en Dios y reza por el descanso eterno del pobrecito Cacho. Para todos mis hermanos y demás familiares llegue hasta ellos mi deseo de consuelo y paz a sus doloridos corazones. Desde acá nosotros nos unimos a ese dolor tan enorme que los hombres ingratos nos han hecho pasar. ¡Haya paz en la tumba de nuestro hermano!".

— — — —

Así eran estos ocho obreros comunistas. Así es nuestro pueblo.

Con este acero forjaremos la sociedad del futuro y ellos serán los guías inolvidables y siempre presentes que nos señalarán el camino.

Un compromiso de comunistas y de patriotas, contraído con estos camaradas caídos, nos obliga a redoblar nuestros esfuerzos y no la venganza personal —aunque apretemos los dientes y los puños— sino la liberación de nuestro pueblo, va a ser con lo que nos cobraremos estos nuevos ocho mártires. — ¡Lo juramos!

**Sección de Propaganda  
del Comité Central  
del Partido Comunista**

Montevideo, mayo de 1972.

